

75.07.0000

LA INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS

Luis MAIRA
Mónica HIRST
Roberto RUSSELL
Fernando MASI
José Félix FERNÁNDEZ E.
Graciela RÓMER



**FLACSO
PARAGUAY**

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)

REG. 00004928
CUT. 16909
BIBLIOTECA - FLACSO

Primera Edición: Mayo de 2007

BIBLIOTECA - :) - E C
Fecha: 09-07-2007
Carrera:
Proveedor:
Categoría:
Donación: Flacso Paraguay

© FLACSO / Paraguay

Edición: Feliciano Peña
Impresión: Ediciones y Arte S.A.
Asunción - Paraguay

Hecho el depósito que marca la ley

Índice

Presentación	5
Francisco Rojas Aravena - Prólogo	9
Luis Maira	17
Mónica Hirst	71
Roberto Russell	81
Fernando Masi	111
José Félix Fernández Estigarribia	161
Graciela Römer	193
Domingo Rivarola - Clausura	217

Graciela Römer*

GR. Hace algunos años, cuando me dirigía al laboratorio de opinión pública de la Facultad de Ciencias Sociales en la Ciudad de Buenos Aires, me encontré con Alain Touraine, a quien habíamos invitado a formar parte del *board* del laboratorio de opinión pública.

En dicha oportunidad, él expresó su satisfacción ante aquella iniciativa porque, entre otras cosas, a diferencia de lo que sucede en Europa –especialmente en Francia, Inglaterra o Alemania– el análisis de la opinión pública no aparece absolutamente divorciado de la investigación académica; lo cual personalmente me halagó enormemente.

Por otra parte, e iniciando mi exposición, deseo señalar que ser la última expositora en un seminario tiene muchas ventajas, entre ellas la de tener la posibilidad de analizar y realizar una

* Es Licenciada en Sociología en la Universidad de Buenos Aires, Especialista en Comunicación Social y Directora de Graciela Römer y Asociados, Estudio dedicado a investigación social, de opinión pública y consultoría política en Argentina y América Latina. Asesora Facultad de Psicología Universidad de Buenos Aires. Convenio marco con Facultad de Psicología Universidad de Buenos Aires para investigación perfil delincencial en Argentina.

síntesis del conjunto de opiniones y evaluaciones que se hicieron a lo largo de estos dos días.

Sobre el punto debo decir que, tanto el contenido de las disertaciones como los debates a que dieron lugar, me han impresionado sobremanera, aun cuando no soy una especialista en integración regional y atento a que mi actividad se centra más en el análisis de la opinión pública sobre la integración que en la propia integración en cuanto tal y, por sobre todas las cosas, aun cuando la integración solo forma parte de manera tangencial de las agendas domésticas de los países.

Uno de los aspectos que pude observar a partir de la síntesis que preparé de cada una de las exposiciones, es que el tema de la integración latinoamericana aparece como la *punta de un iceberg* en cuya parte oculta se encuentran fenómenos de fragmentación y de asimetría; de manera que la problemática del tema de la integración latinoamericana está estrechamente vinculada con lo que está sucediendo a nivel de las sociedades latinoamericanas.

Por ejemplo, Domingo Rivarola hablaba de que en América Latina atravesamos una crisis de confianza en casi todos los campos y una situación caracterizada por la extrema fragmentación y la creciente asimetría de nuestras sociedades.

Mi disculpa, si sintetizo de manera excesiva, pero hablé también del vacío conceptual que atraviesan las ciencias sociales para dar cuenta de esta situación de transitoriedad que estamos viviendo.

Al igual que la exposición del Canciller, la efectuada por la Ministra de Educación y Cultura, Blanca Ovelar, fue fascinante. Ella planteó el tema de la incertidumbre que genera la lógica de la globalización y el rol central que tendrá, o debería tener, la

educación frente a los desafíos que imponen los nuevos paradigmas de la globalización y los requisitos de competitividad que conlleva.

El Ministro de Relaciones Exteriores volvió a hablar del tema de la incertidumbre y traigo esto a colación porque todas las exposiciones de alguna manera lo han planteado.

Además, las ponencias presentan un tema en común, fundamentalmente, el papel de la incertidumbre; cambio, incertidumbre, desafío para la integración y asimetrías; este recorrido común que constituye el eje de preocupación de muchos de los países latinoamericanos y se ha convertido, por decirlo en otros términos, en una universalidad temática.

Incluso, el Embajador Maira alcanzó a preguntarse, hablando del cambio y la incertidumbre –y frente al desafío de la integración– por el concepto mismo de América Latina.

En consecuencia, esto equivale a poner en duda de alguna manera qué es lo integrable hoy y bajo qué concepto de América Latina. ¿Qué es lo que pretendemos integrar? Maira sostuvo, además, que América Latina es, sin lugar a dudas, un proyecto pendiente.

Mónica Hirsh planteó las dificultades de los procesos formales de integración en el sentido de que los mismos no están pasando por un buen momento e incluso se refirió a la misma duda existente respecto a la idoneidad del MERCOSUR como instrumento eficaz para apuntalar el desarrollo regional.

A su vez, Roberto Russell fue aun más allá y habló de posibles situaciones de fractura y aun de reconfiguración de las identidades al interior de esto que llamamos América Latina.

A pesar de llegar retrasada a la mañana, pude capturar algo que expresó el Embajador José Félix Fernández Estigarribia y que me impactó muy especialmente: la idea de que el MERCOSUR solo tiene sentido si se lo asume como un instrumento para alcanzar una sociedad más justa y equitativa y también habló de la necesidad de neutralizar las asimetrías y sobre todo tener muy presentes el respeto y la defensa de las identidades nacionales.

Finalmente, deseo resaltar algo respecto a su planteamiento, basado en el intercambio de opiniones que tuvo con el público, dado que no me fue posible escuchar su exposición.

En particular, me pareció significativo que haya puesto también una especial consideración en el tema de las asimetrías y sobre todo en la falta de solidaridad y las dificultades para encontrar objetivos comunes en el interior de los países signatarios para alcanzar el bien común.

Uno podría sostener que todas estas dificultades en el proceso de integración de América Latina, como les decía antes, surgen de un proceso de fragmentación creciente, de exclusión y de asimetrías que se están dando hoy en el conjunto de nuestras sociedades latinoamericanas; procesos y asimetrías que, de no resolverse, me parece que van a dificultar muy seriamente, no solo los procesos de integración, sino los que se relacionan con mejoras de la calidad de vida de nuestras democracias.

Por ello, lo que me gustaría examinar en esta presentación, son algunas ideas relacionadas con los procesos sociopolíticos que están teniendo lugar en América Latina y en este repaso voy a poner especial énfasis en las transformaciones que se vienen dando en los sistemas políticos y las actitudes hacia el sistema democrático por parte de la ciudadanía, teniendo en cuenta muy especialmente el nuevo rol que están desempeñando la opinión pública y los medios de comunicación en este proceso.

También me gustaría hacer algunas referencias más o menos libres a mi interpretación de los parecidos y semejanzas del proceso sociopolítico en la Argentina y en otros países de la región, algunos de los cuales me son especialmente familiares por cuestiones profesionales, tal es el caso de Venezuela, Paraguay y Chile, por citar algunos ejemplos.

Lo cierto, decía, es que enfrentamos realidades cotidianas cuyo retrato, a partir de los estudios de opinión, muestra una situación generalizada de alta incertidumbre por parte de nuestras sociedades. Estamos en un momento, a diferencia de lo que sucedía en el pasado, donde no existen claros paradigmas de desarrollo y de cambio social y donde la creciente globalización y la inseguridad se retro-alimentan recíprocamente, reforzando un clima de vulnerabilidad social y también horizontes reducidos de expectativas de futuro.

Si ya no disponemos de utopías que sirvan de señales o de caminos que puedan ser recorridos para poder arribar a una sociedad deseada, si no disponemos de horizontes ideales capaces de extender los límites de lo posible, como diría Weber, de lograr que sea efectivo lo que es estrictamente posible, se comprende el fantasma que recorre de alguna manera el continente y, para parafrasear a otro grande de la historia, el fantasma que recorre de alguna manera el continente es el fantasma de la exclusión. Y no es solo la pobreza lo que preocupa al conjunto de los ciudadanos; es la desigualdad creciente, es la inequidad, es esa sensación de tener que sostenerse y hacer enormes esfuerzos para no salirse del sistema, no para crecer dentro del sistema sino para no caerse del sistema.

Y hay una enorme diferencia, decía, de esta percepción generalizada del temor a la pobreza de antaño y el temor de la exclusión de las últimas décadas y sobre todo la última, porque el

rol que antes tenía el Estado como proveedor de medidas de contención a poblaciones excluidas, ya es prácticamente inexistente hoy. El tema de la exclusión es un tema que recorre de hecho toda la región; pero la misma tiene diversas caras; estamos hablando de exclusión política, económica y social y, además, de exclusión étnica. Es interesante este cambio en el perfil de las preocupaciones y temores de los latinoamericanos.

Cuando decía, la exclusión ha dejado atrás el temor a la pobreza, cuando hacemos investigaciones de opinión pública y le preguntamos a la gente cómo cree que vivía la generación de sus padres con relación a ellos mismos y cómo cree que a de vivir la generación de sus hijos, cuando tengan la misma edad que ellos tienen en el momento que es aplicada la encuesta, con oscilaciones que van entre el 60% ó 70% de la región, la gente percibe que la generación de sus padres vivía mejor que su propia generación y manifiestan expectativas mínimas con relación a que sus hijos van a vivir mejor que ellos mismos. Cada una de estas manifestaciones o ejes de la exclusión se combina de diferentes maneras según las variables país por país, pero la nota común y el reclamo casi universal a que recurren los electorados latinoamericanos es la falta de capacidad de los sistemas políticos para procesar o tan siquiera representar de manera creíble las demandas de inclusión de las mayorías populares.

En términos de niveles de confianza, los partidos políticos junto con los Parlamentos están entre las instituciones menos valoradas y en las cuales menos confía la población. Los partidos políticos son vistos básicamente como corporaciones que se alimentan a sí mismas en términos de satisfacción de sus propias necesidades. Este parece ser el terreno sobre el cual debería examinarse la actual preocupación por el peligro del retorno del populismo. Y esa explosión de situaciones de exclusión, que se verifican por ejemplo en Ecuador, Argentina, Bolivia y Venezue-

la. es la que, a mi modo de ver, ha empujado al abismo a los sistemas políticos tradicionales y ha establecido las condiciones que están haciendo posible la polarización populista.

Es decir, aquella polarización que no ofrece un territorio legítimo para una real convivencia democrática. De tal manera que la percepción generalizada es la de una ruptura del contrato de representaciones entre la ciudadanía y la dirigencia política; ruptura, y esto es lo más interesante, que no ha seguido a un reclamo o una exigencia de mejoramiento o de saneamiento del vínculo de representación, sino más bien que ha apuntado a la apelación de una resignificación o redefinición del concepto mismo de democracia y me parece que este es un tema realmente complejo para el futuro de nuestras democracias.

En ese sentido, la demanda de una mayor participación parece neutralizar e incluso bloquear y hasta negar la dimensión representativa de la democracia, conectándose por un lado con el concepto tradicional de democracia delegativa de O'Donnell – donde existe delegación de responsabilidades en un líder carismático– pero sugiriendo, por otro lado, la existencia de una crisis de credibilidad y de erosión del vínculo de representación, que da lugar a la búsqueda de un control directo sobre la dirigencia política, un control que apunta básicamente a evitar cualquier estructura de integración con el Estado.

Entonces, lo que hace esta nueva modalidad, es ejercer una nueva forma de interpelación directa de los ciudadanos hacia los diferentes gobiernos por fuera y desbordando la capacidad de los partidos políticos.

Así sucedió en las experiencias que seguramente ustedes conocerán de las asambleas barriales en la crisis argentina de 2001, y también en la irrupción masiva espontánea y

desestructurada de los grupos movilizados en Bolivia, Brasil y Venezuela a lo largo de estos años o más recientemente, la de los estudiantes en Chile, desbordando a los partidos políticos en su capacidad de intermediación con el gobierno.

Hay un tema del cual no se habla mucho y ha quedado como diluido, pero el hecho es que durante estos 20 a 25 años de democracia, hemos tenido 14 casos de interrupción de mandatos constitucionales en Argentina, Bolivia, Ecuador, Paraguay y la característica común que tomaron los gobiernos democráticos desde su retorno, digamos en esta tercera ola democrática, es que esta pérdida de control de los partidos políticos y del sistema político formal de ese movimentismo espontáneo y la protesta violenta en las calles, ha producido un fenómeno que ha sustituido a los golpes militares; es el de los golpes populares, es algo de lo que se debe hablar: Hoy, los gobiernos se derrocan no ya por golpes militares.

Esto es consecuencia directa de la falla de los sistemas de intermediación, del colapso de los sistemas de intermediación, porque en muchos países los partidos políticos tradicionales han colapsado, tal el caso de la Argentina con los dos partidos tradicionales como el peronismo y el radicalismo, lo que también ha sucedido en muchos otros países de la región.

De hecho hay una relación directa entre estabilidad política, gobernabilidad y fortaleza del sistema de partidos. Durante 20 años la mayoría de los países de la región, si miramos un poco hacia atrás, vemos que efectivamente lograron avances significativos desde varios puntos de vista, poniendo en marcha varios programas de reforma; por ejemplo, no solamente se logró dejar atrás los distintos regímenes autoritarios diseminados por toda la región, sino también una larga y fatídica tradición vinculada a la modalidad de resolución de las crisis económicas, sociales y políticas, por medio de los golpes militares.

A partir de estos cambios, la alternativa militar tradicional comenzó a perder el atractivo que tenía en muchos de nuestros países y dejó de ser una opción considerada aceptable por la mayoría de la población para organizar el orden social.

Sin lugar a dudas, ese punto de inflexión de las perspectivas políticas dominantes respecto del papel de las Fuerzas Armadas, ha expresado cambios profundos en las orientaciones sociales y también políticas de las poblaciones latinoamericanas. Y también está expresando nuevas demandas hacia los sistemas políticos y esto es un avance importante en el desarrollo de nuestras democracias, aunque para ser honestos, habría que advertir que todavía la opción militar no está muerta y que en muchos países como Argentina, Bolivia, Paraguay y aun Brasil, bolsones de autoritarismo y de reconocimiento al predicamento militar como opción de ordenamiento social están aún presentes.

Si los 80 fueron los años de la democratización política y los 90 parecen haber sido los años de la reforma y de la modernización económica, la agenda social del final de los 90 e inicio del nuevo milenio se ha instalado sobre el eje de las reparaciones sociales, básicamente consecuencia de los negativos efectos de las políticas neoconservadoras aplicadas en la región durante los 90.

En gran medida, una comprensión del proceso se tiene tomando como ejemplo la República Argentina; ese fue el cambio de expectativas que en realidad presidió al proceso político argentino postprivatización; es decir, el proceso político iniciado hacia el fin del primer mandato de Carlos Menem en el año 99; esto fue lo que permitió en las elecciones legislativas del 97 que el peronismo, partido dominante en el sistema político argentino, fuera derrotado en su principal bastión, la Provincia de Buenos Aires. Efectivamente, una coalición que todos ustedes conocen.

una coalición electoral novedosa en la Argentina. la alianza del radicalismo y el FREPASO, una fuerza integrada mayoritariamente por peronistas refractarios a la orientación que Carlos Menem imprimió a su gestión, surgió como vocero de aquellas expectativas de reparación social a que hicimos referencia, reparación social y no solo ética.

Durante mucho tiempo los analistas de la opinión pública explicaron el surgimiento y el triunfo de la Alianza por sobre el peronismo en la República Argentina en el 99, como la respuesta de la sociedad a las demandas de un cambio ético, continuidad económica y valoración de los principios republicanos. Yo creo que esta visión es falsa y lo demostró claramente el fracaso de la alianza y la respuesta social, la claudicación de los que sostuvieron las respuestas y las promesas a tales demandas de reparación social durante la campaña y solamente el comportamiento ético de su dirigencia.

Cuando el Ministro de Economía aplicó el primer impuestazo a los sectores medios, sectores fuertemente impactados por las políticas económicas de la década de los 90, y además de aquellos que llenaron varias hojas de las publicaciones, los nuevos pobres, al sentir que fueron defraudados con relación a las promesas de mejorar la situación de inequidad distributiva que había planteado la alianza, le bajaron el pulgar a De la Rúa y no se lo volvieron a subir nunca más.

Anticipando, por supuesto, lo que iba a ocurrir en diciembre de 2001, la breve historia de aquella coalición política que derrotó electoralmente a un justicialismo que hasta entonces parecía imbatible, es la historia de una de las más grandes frustraciones de las expectativas reformistas de la República Argentina y es también el fin de aquella experiencia frustrada y el comienzo de una larga y dolorosa transición, cuyo curso también ha jugado en el proceso de integración regional.

En los albores del proceso de democratización, tema al que aludí anteriormente, los líderes que iniciaron los esfuerzos encaminados a impulsar el proceso de integración regional en el caso del MERCOSUR, Sarney, Sanguinetti, Alfonsín, Rodríguez, trasladaron a la agenda regional aquello que era percibido por ellos como parte de sus problemas puertas adentro de cada país, en el intento de afianzar los fundamentos de la legitimidad democrática. Este era el tema central de la agenda en esos momentos. No extraña, entonces, que antes que otra cosa, los primeros esfuerzos de integración estuvieran precedidos por un intento sin precedentes en la región de bloquear el camino a cualquier tentativa de regresión autoritaria entre los países miembros del bloque regional y que de alguna manera el MERCOSUR inicial fuera básicamente un MERCOSUR político, no un MERCOSUR económico.

De tal manera, esos esfuerzos ocuparon mucho más tiempo y energía de los líderes regionales que los que se dieron a partir del desafío por consolidar unas instituciones económicas capaces de acompañar los esfuerzos de integración, ya sea desde el punto de vista comercial y macroeconómico y, en segundo lugar, puede decirse que la fe en el libre mercado, que animó al conjunto de intentos que tuvieron lugar a continuación en los distintos países de la región, como ser Color de Melo, Mennem, Lacalle y Fujimori, poniendo en segundo plano la agenda regional y, en cambio, en una segunda etapa pareció privilegiar el objetivo de acercamiento a los EE.UU. sobre una base de relación bilateral, todo ello acompañado por humores sociales coincidentes y concomitantes.

La primacía del mercado, por un lado, y la satanización del Estado por el otro, eran las orientaciones predominantes en la opinión pública en esa época. El famoso "sígame" de Carlos Mennem en Argentina, creo yo resume bien ese clima de época, la confianza de una buena relación con los EE.UU., que implicaba entre otras cosas, una puerta de entrada al primer mundo.

El hecho cierto es que los resultados de todas estas orientaciones, fantasías y el comienzo del nuevo siglo encuentran a la mayoría de los países tan lejos de cualquier idea que pueda tenerse de la entrada al primer mundo y esta normalidad a la cual hacía referencia no solamente Carlos Menem sino también el presidente Kirchner al inicio de su gestión.

Un conjunto importante de países que enfrentan situaciones de alta inestabilidad política, déficit de gobernabilidad y crisis de legitimidad en sus sistemas políticos, Colombia por caso, muestran dos estructuras de poder que coexisten, dos sistemas de creencias alternativas, dos ejércitos, dos sistemas de control territorial.

Venezuela constituye un ejemplo claro de las consecuencias que conlleva para el sistema político la falta de respuesta de los grupos políticos tradicionales frente a la explosiva combinación de una población empobrecida y una elite enriquecida por el petróleo; con la corrupción hasta lo indecible, la nueva realidad política de Venezuela parece implicar una clara discontinuidad política con ese pasado, pero al mismo tiempo el paisaje que presenta, es un paisaje político fuertemente polarizado donde la política ha asumido con marcada rapidez las metáforas de la guerra.

No hace falta que las recorra, ustedes conocen bien las características de cada una. Hay desorganización en la matriz política. Conviven con visibles tensiones en torno al control de los recursos naturales estratégicos del país y además, en un caso muchos pujan por entrar, y unos pocos pujan por abandonar.

Ecuador también se encamina en estos días hacia la búsqueda de una nueva forma de política, que le permita organizarse sobre nuevas bases de convivencia cívica. Hasta ahora todo hace

prever una polarización política que probablemente hará mucho más trabajosa la posibilidad de los consensos y la búsqueda de soluciones de largo plazo. En este contexto, solo Chile y Uruguay parecieran establecer una diferencia por el mayor grado de estabilidad política alcanzada, aun con grados diferentes merced a distintos modos de resolver los imperativos planteados por la integración a las nuevas condiciones económicas internacionales. Uno puede diferenciar ambos países.

Por último, el caso de Argentina y Brasil, donde Argentina parece haber cedido su lugar, sobre todo a la luz de la imagen externa que proyecta. Parece haberle cedido su lugar a Brasil como modelo de país que hace bien las cosas. Argentina ha pasado a ser un ejemplo internacional por la fe con la que asumió las reformas liberales; de ser la excepción de la región a ser un interrogante de su fisonomía futura, de su organización política siempre caracterizada por los vaivenes de su principal fuerza política, el peronismo y por la percepción de que su sostenido crecimiento, a diferencia del más modesto desempeñado por Brasil, ha llegado, a expensas de aquello que se considera que debe ser evitado en lo que se aprecia como un país normal, esto es el colapso de su moneda, de su sistema financiero, a una crisis de su proceso político que no logra cumplir con sus requerimientos institucionales.

En resumen, a pesar del crecimiento económico sostenido que la región ha experimentado en los últimos años, aun con variantes y de haberse dado una visible merma de las tasas de desocupación, tal como muestran varios de los países de la región, entre ellos la propia Argentina.

Lo cierto es que no se han logrado hacer retroceder, sino todo lo contrario, los niveles de inequidad distributiva y exclusión que ha caracterizado a América Latina históricamente y donde los

sistemas políticos no han sabido hasta el momento canalizar creativamente las demandas de inclusión de sus bases sociales. Al mismo tiempo, lo que observamos es la generalización de fenómenos sociales nuevos como la emergencia de una nueva clase de pobres, proveniente de los sectores medios que hoy parecen materia disponible para distintos experimentos políticos de inspiración populista, cuando no decididamente autoritaria, lo que resulta interesante, porque la emergencia de nuevos pobres se asocia mucho a la Argentina.

Pero también Venezuela tiene un mapa social donde este nuevo segmento, la de los pobres, tiene una importancia nada despreciable. A fin de los 90, más del 50% de la población de América Latina seguía viviendo por debajo de la línea de pobreza; en el corto lapso entre el 90 y el 94, el número de pobres aumentó en 34 millones; esto hace que el imperativo de la consolidación democrática y el intento de bloquear cualquier regresión autoritaria sirvieran de guía para los primeros esfuerzos de integración en los 80.

Volviendo al tema de la integración y si la prioridad de la reforma pro-mercado opacó en parte la importancia del tema en los 90, hoy pareciera haberse desdibujado el propio papel que los líderes desean asignarle a la cuestión frente a sociedades mucho más escépticas y también mucho menos propensas, que hace tres décadas atrás, a enamorarse de aquello que sus líderes desean ofrecerle políticamente, de tal forma que las expectativas de la opinión pública respecto a distintas cuestiones involucradas en la temática regional no son otra cosa que el reflejo de tres elementos: En primer lugar, de las expectativas económicas que se formen al respecto; esto es, la expectativa con respecto a los beneficios económicos que la integración puede ofrecerle. Segundo, del papel que sus propios líderes le reservan al tema dentro de lo que son sus prioridades de agenda doméstica, a su

vez muy ligada a los que son los humores de coyuntura de los electorados; y finalmente, al modo que la cuestión regional es tratada por los medios de comunicación. En ese sentido, las expectativas con respecto al desarrollo del proceso de integración regional evolucionan en paralelo con la de los demás temas de las agendas domésticas en cada uno de los países.

En los inicios de la restauración democrática, como decíamos, ante las demandas ciudadanas, los esfuerzos se centraban alrededor de la reparación política del país y las de los 90, en la reconstrucción económica, en tanto que en el comienzo del nuevo siglo y hacia el futuro, las exigencias parecieran que van a centrarse básicamente en alguna forma de reparación social con fuerte apelación a la equidad distributiva y en la redefinición de los fundamentos éticos de la política y el poder; en un concepto de ética ligada además al significado que lo ético aplicado a la política tiene la opinión pública, muy relacionada a la reparación social.

De esta manera, queda en evidencia el rol central que el concepto de asimetría, que fue el concepto que recorrió gran parte de las exposiciones de ayer y de hoy, tiene en la capacidad de facilitar u obstruir cualquier política de fomento de la integración que busque el consenso y el acuerdo a nivel de la opinión pública. ¿Cuáles son los desafíos que hoy enfrentan los sistemas políticos en América Latina frente al cambio civilizatorio que implica la globalización de las economías? La idea es que estos desafíos parecen desbordar las posibilidades de unas ideologías de las instituciones que no parecen estar en condiciones de acomodarse a las nuevas realidades.

En los 80 y 90 la democracia política se afirmó como paradigma casi universal al consolidarse un conjunto de regímenes democráticos en Europa Mediterránea, América Latina y Europa

del Este, haciendo que las únicas alternativas ante la democracia sea el fundamentalismo religioso, como en el caso del mundo islámico o la simple anarquía o la guerra civil. Por otro lado, la política democrática se ha venido vaciando de contenido y ha perdido parte importante de su sentido original, al reducirse el abanico de cuestiones económicas y sociales que se negocian a través de esos instrumentos. La pérdida de autonomía de los Estados nacionales para enfrentar las situaciones de crisis, es parte de este fenómeno que afecta esta pérdida de centralidad de la política para la mayoría de los ciudadanos.

Las sociedades intuyen de alguna manera las consecuencias políticas y los efectos prácticos de este proceso, de este retiro de alguna manera del Estado y esta reducción de los grados de decisión que los Estados nacionales tienen frente a la situación de crisis social y lo que demandan. Demandan más Estado y exigen a los funcionarios públicos más eficacia y más transparencia, al mismo tiempo que sancionan más rápidamente las promesas incumplidas en un clima de intemperancia creciente que a su vez se vincula con esos fenómenos de movimentismo y de frecuencia de los golpes populares de los que hablábamos antes.

Al mismo tiempo, la creciente presencia de la información en la sociedad global hace que el ciudadano se sienta mucho más autónomo que antes, es menos dependiente de sus líderes políticos y menos dispuestos también a delegar completamente en sus representantes su soberanía como lo hacía en el pasado. Entonces, hay mayor autonomía por mayor información, pero también hay mayor autonomía por mayor rechazo y desconfianza hacia la dirigencia política. Anteriormente, en un mundo menos conectado, los ciudadanos dependían muy fuertemente en sociedades más tradicionales, de los líderes políticos y sociales para dotarse de una comprensión práctica de la realidad, sentirse respaldados y poder tomar decisiones. La demanda actual se orienta hacia

otra cosa, hacia un vínculo representativo menos simétrico donde la información fluya de alguna manera en ambas direcciones, de manera más dinámica y más efectiva, pero también exige mayores logros en términos de resultado, mayores niveles de ejecutividad. Mientras que el ciudadano común parece mucho menos dispuesto que antes a delegar todas las responsabilidades en una clase política a la que considera mucho más instrumental que en el pasado.

La ciudadanía ya no se identifica con sus líderes, solo lo escoge para que cumplan con el trabajo que les corresponde. Esto es razonable en la medida en que la política y lo político se han vaciado de sentido. Esto es interesante, porque vivimos permanentemente presenciando un ataque sistemático contra la dirigencia política. Ciertamente que los políticos son muchas veces ineficaces, ineficientes, corruptos y sobre todo muchos de ellos olvidan el mandato de representación muy rápidamente, pero también es cierto que hoy los políticos, la dirigencia política y los partidos políticos se están haciendo cargo de la crisis de sentido de la política.

La política ha quedado sin relato, se ha quedado sin ideología y ha dejado de ser opción de cambio y de instrumento de cambio, no solamente para el conjunto de los electores o el conjunto de actores de los sistemas democráticos. Estamos frente a una situación de crisis de identidad profunda en el interior de los grandes partidos políticos, que han dejado de ser instrumento de cambio a simple negociadores del *status quo*. Se trata hoy de una puja por ver quién gerencia mejor o peor lo existente. Esta es una de las razones por las cuales la política se llena de alguna manera de contenido extra político; las campañas se han convertido básicamente en una puja por demostrar quién tiene más antecedentes turbios para ser mostrados. Hay una competencia por ver quién puede mostrar mayores grados de honestidad frente

a la opinión pública; en general el electorado medio elige en términos de atributos personales y especialmente de atributos vinculados con la condición de honorabilidad de la dirigencia, no de las propuestas que encarnan.

Como conclusión, lo que yo diría es que la agenda sudamericana parece dominada hoy por la cuestión de la gobernabilidad. Existe por doquier un creciente malestar social y, sin duda, la tensión entre democracia y globalización, o entre la creciente exclusión asociada a la desigual incorporación a la economía, es una de las cuestiones visiblemente irresueltas para nuestro sistema político. Más aun, sospecho que en la resolución hasta ahora no lograda de esa ecuación entre globalización y profundización de la calidad de la democracia reside buena parte de la baja legitimidad, salvo honrosas excepciones, de tales políticos y en su incapacidad para percibir las nuevas expectativas de justicia y reparación social, tanto como de conseguir dotar a la política del poder de un nuevo sustrato ético y moral. Creo que de alguna manera ese es el desafío que hoy enfrentan las democracias latinoamericanas. Los cambios que se han producido, tanto en el plano institucional como en el económico, del retorno de la democracia hacia los 80, sin duda alguna han resultado insuficientes para perfilar un nuevo orden social y económico inclusive; un ordenamiento estatal al mismo tiempo legítimo y eficiente. Sin lugar a dudas, se han producido algunos avances en lo político institucional y en la cultura democrática del conjunto ciudadano, pero aún persisten prácticas políticas marcadas por el estilo clientelar y patrimonialista.

Los valores autoritarios persisten en importantes sectores de la población. Les decía antes que hay una demanda de un nuevo ordenamiento, un nuevo tipo de relación entre Estado y sociedad civil, entre representantes y representados. Estamos ante una situación paradójica; para un conjunto importante de actores so-

ciales, la democracia se ha convertido en una contradicción en sí misma. En esto, no sé si estamos frente a estas demandas y a posibilidades de un cambio de formato democrático, que lo haga más eficaz ante los desafíos que enfrenta el planeta con una mirada hacia el próximo siglo. Aparentemente, estamos encerrados en una situación de tensión entre dos dimensiones de un mismo fenómeno, que debería poder integrarse en la búsqueda del bien común y que tiene que ver con el desarrollo de nuestras sociedades y la profundización de sus sistemas democráticos.

P. Dudo mucho que nos pongamos de acuerdo como argentinos, pero vamos a tratar de hacer de la mejor manera posible. No quiero ser agresivo; desde ya les declaro que desde 1958 en adelante, generación a la que pertenezco, no he vivido en ningún momento épocas de estabilidad institucional; por lo menos yo no la he conocido, relacionando esta apreciación con lo que usted dijo de que nuestros padres vivieron mejor que nosotros; puede que sí, hay que aceptar que en alguna medida nos dieron cosas que ellos no tenían; mi padre fue inmigrante, provengo de la primera generación de extranjeros en la Argentina y ellos me dieron cosas que no tenían, por ejemplo, la educación y eso mi padre no la tuvo. Me dieron otros valores, la posibilidad de tener cultura que eso él no la tuvo; todo eso me benefició, pero en lo demás vivían mejor que nosotros, de una forma más simple, humana, más de persona, dignamente como persona. Eso es lo que mi padre me enseñó, vivir con dignidad; por otro lado, le aclaro que desde hace muchos años que no creo en la política ni en los políticos. Hace muchos años que no voto ni estando en Buenos Aires ni fuera de la Argentina; y aun más, muchas veces, y esto lo digo con total responsabilidad, me he sentido muy mal como argentino y muchas veces he tenido ganas de renunciar a la ciudadanía argentina. Muchas veces me da vergüenza ser argentino; no me siento argentino, cosa que mi padre sí.

GR En realidad, no tengo claro por qué dice disentir conmigo, porque dije exactamente lo que usted está planteando, tal vez lo manifestamos en lenguajes distintos. La mayoría de la población opina como usted, que la generación de sus padres vivía mejor, que la calidad de vida que ellos pueden tener en este momento es menos satisfactoria. No existen diferencias aparentemente entre sus dudas y lo que yo planteaba en mi exposición.

P. Quisiera una aclaración, cuando hablas del tema de la situación sociopolítica en la Argentina, señalabas que en Chile y Uruguay había cierta estabilidad política, ¿es eso así? ¿Lo entendí correctamente?

GR. De hecho, los niveles de estabilidad política de Chile y Uruguay, cuando uno mira la región y el impacto de la crisis de 2001 y 2002 en Argentina, sobre todo su onda expansiva en el Uruguay, es posible constatar que dicho país pudo resolver y enfrentar la situación de manera calma, mucho más racional, de lo que se dio en Argentina; pero hay una cosa que obliga a extender la exposición que acabo de dar. Mi preocupación, y es sobre ese aspecto que traté de centrar la atención, tiene que ver con el cambio que comienza a perfilarse frente a electorados cada vez más intemperantes y cada vez menos dispuestos a confiar en sus partidos políticos y las estructuras de intermediación; sobre todo, más intemperantes y con una influencia muy directa sobre los medios de comunicación, lo que disminuye las posibilidades de establecer agendas, temas y sobre todo humores sociales más cooperativos. En esto, se torna evidente la imposibilidad de sostener la gobernabilidad frente a situaciones de crisis por inexistencia de partidos políticos o un sistema político fuerte. La asociación entre países con estructura de partidos o sistemas más estables y situaciones de estabilidad es recurrente en la región; eso es lo que planteaba. Fundamentalmente, el riesgo es estar frente a demandas de cambio en el formato de las democracias

representativas que conocemos; en tal caso los resultados son inciertos.

P. Me place felicitar a la expositora por el contenido y desarrollo de su disertación. En la misma ha hecho una serie de afirmaciones con relación a que la política democrática se ha vaciado de contenido; posteriormente, se siguió afirmando que lo político se ha convertido en una especie de gerenciamiento a través de los partidos políticos manteniendo el status quo. Yo comparto la idea que estamos viviendo esa situación. Hay como un degradamiento de la acción política y del valor de lo político, pero el problema es a qué se debe eso. Acá quiero plantear una conjetura; creo que en las últimas décadas se ha venido en forma sistemática como adormeciendo un valor fundamental que se superpone a lo que debería ser un valor que tiene que volver a ocupar una posición de paradigma: el republicanismo; se debe rescatar el valor del republicanismo. ¿Por qué digo esto? No he escuchado en ninguna de las exposiciones hechas en este seminario una mención sobre el poder del soberano; allí radica realmente el punto de inflexión. Si bien el poder soberano ha pasado del poder soberano del rey en las monarquías, a los principados y finalmente a los gobiernos autoritarios, ahora ese poder ha llegado al pueblo. El pueblo, actualmente, es el sujeto de ese poder soberano y en la medida en que nosotros rescatemos y valoricemos ese poder soberano, entonces estaremos estimulando y optimizando justamente esos valores que deseamos instalar. Porque la democracia ya sería una consecuencia de ese poder. Por todo esto, pienso que se debería instalar de nuevo en estas agendas el valor del republicanismo y el poder soberano del pueblo, para que ese pueblo se sienta con el poder suficiente de ser un actor verdadero para poder reclamar y hacer valer sus derechos.

GR. Creo que el tema republicano pasa por otro lugar; entiendo que ahora hemos mejorado y profundizado una dimen-

sión de la calidad democrática vinculada a la dimensión participativa; donde tenemos problemas es en el otro eje o en la otra dimensión de la democracia que tiene que ver con la representación; pero realmente lo que uno observa en la mayoría de los países es que hay un activismo cívico muy importante. El ciudadano medio no se ha retirado cínicamente ni mira los procesos electorarios de espaldas. Creo que la preocupación por el formato republicano que comparto, tiene menos que ver con el aspecto de la representación que con el aspecto de la independencia de poderes, que es un tema que no hemos profundizado en la charla, pero que se debería ahondar y focalizar. Pero sí ha habido una mejora en la performance democrática en estos años, eso se ha dado básicamente en la dimensión participativa y representativa.

P. Felicito a la expositora; con respecto al tema político que es muy trascendente, resulta claro que en todos nuestros pueblos latinoamericanos la decadencia de los partidos políticos y el surgimiento de actores independientes que sin ser políticos lleguen al poder, se dan porque la representación habitual tradicional de estos partidos se ha ido desgastando a tal punto de no poder llenar las reclamaciones del pueblo a quien representa. Hecha esta consideración, quiero hacer una consulta a la expositora o a cualquiera de los panelistas, si ven con buenos ojos la constitución de la República Bolivariana de Venezuela, y el principio de que el mandante, en este caso el pueblo, si el gobierno no satisficiera el mandato del pueblo, éste tendría todo el derecho de revocar su mandato, tanto en lo que se refiere al que corresponde al presidente o a los parlamentarios. Eso, lo ven ustedes bien o no, si o no; en su defecto, qué otra posibilidad usted percibe ahora que como lo ha destacado ya no se dan los golpes militares; el hecho es que en los últimos 14 ó 15 años ha habido interrupciones de más de una docena de países. ¿Cuál sería la solución para ustedes, aparte de estas revueltas o golpes civiles que han despla-

zados a gobiernos democráticos constitucionales. si no se acepta la revocatoria como un mecanismo de salida?

GR. Es una definición política la que usted pide, pero se la voy a dar. No creo en la democracia puramente representativa; creo que ciertas formas de democracia directa de alguna manera refrescan, activan y le hacen muy bien a la democracia. Así que, fundamentalmente en lo que se relaciona con la democracia representativa. creo que se deben reconstruir los partidos políticos; hay que volver a dotar a la política de sentido; hay que dotar a la política de valor como instrumento de transformación. Para eso, tenemos que volver a llenar la política de ideología; por supuesto que hay que resignificar el concepto de ideología a partir de lo que lamentablemente sucedió allá por los finales de los 80; pero de todas maneras me parece que es el desafío de la próxima década y de eso va a depender fundamentalmente que sostengamos la gobernabilidad de nuestros países.